

TERRAZA Literaria



Por MARINO GOMEZ-SANTOS

La semana fué, hasta el miércoles, tan monótona como otra cualquiera. La terraza se quedó un poco con la cabeza a pájaros, se hicieron chistes del premio López de Vega y lo demás fueron bostezos con café con leche. Pero el miércoles todo cambió. La noticia de la muerte de Benavente dió lugar a muchas agudezas. De seguro que Fulano dirá: «¡Me quedo solo! Y Zutano es seguro que también dirá que se queda solo en el arte dramático.

A fin de cuentas o a fin de sátiras, el que tendrá razón en decir que se queda solo es el autor de «Tres ventanas», que para algo se apellida Benavente, aunque sea primero Delgado y Luls de nombre.

EL MUNDO ES UN PAÑUELO

El fotógrafo de MADRID se encontró el otro día en la acera del periódico a un niño muy guapo que jugaba con su cubo lleno de arena. Urech, que no se pierde ocasión, le hizo una fotografía que se publicó en el número del día siguiente. Inmediatamente de la publicación se recibe una simpática tarjeta de Victor de la Serna, en la que nos da cuenta de que el chico guapo es nieto suyo y sobrino nieto de Luis de Armiñán.

La tarjeta, dirigida a don Carlos Pujol, tiene un curioso parrafo: «Como ves, al muchacho le tira la sangre. ¡Mira que si ya está haciendo cola para ser director de MADRID! Eso de rondar la puerta induce a sospecha.»

Como en la redacción no se sabía quién era el chico guapo hasta que se recibió la tarjeta, alguien dijo muy convencido: «¡Qué barbaridad, el mundo es un pañuelo!»

Y no le faltaba razón. El mundo, realmente, es un pañuelo.

JOSE CORRALES EGEA

Corrales Egea vive en París y es aquel joven de que oímos hablar hace años. Al parecer, teniendo doce o trece años, publicó un libro muy maduro titulado «Hombres de acero», con un prólogo de Benjamín Jarnes. En aquel libro de Corrales Egea—que llamó mucho la atención—se reproducía un acta de su nacimiento.

Ahora Corrales Egea tiene en prensa una serie de narraciones cortas que se publicarán en un volumen, próximamente, con el título de «Por la orilla del tiempo».

EL AUTOR NOVEL

Se me ha lanzado en la terraza la sugerencia de que sería justo entrevistar a don Rafael Villaseca para la sección de «La juventud pasa».

En realidad, el que don Rafael Villaseca tenga más de sesenta años no importa mucho, puesto que aún lo espera todo de la vida, desde el éxito literario hasta el matrimonio. Por de pronto, se sabe que don Rafael tiene 18 comedias, tres novelas largas, seis guiones de cine y ocho libros de versos esperando el momento oportuno de que se estrenen las primeras y de que para las demás obras aparezca un editor generoso.

En realidad, cuando se espera todo de la vida, la juventud está vigente y no importan edades ni canas. A don Rafael Villaseca hay que citarle para celebrar una entrevista, seguros de que nos dirá muchas cosas, hasta impertinentes, como en la juventud.

PREMIO CAFE GIJON

Este año se han presentado al premio Café Gijón 160 novelas originales. Se asegura que van a leerse todas, que no se sabe aún a quién va a otorgarse el premio y que no se admiten recomendaciones. La verdad es que el premio Café Gijón está muy desconocido. De todas maneras, si ustedes no toman café en el Gijón es inútil que se presenten, porque hasta ahora el premio no ha salido de la mesa del ventanal, junto al espejo.

LOS DESAPARECIDOS

Ahora en verano suceden tantas cosas que ya las pierde uno de cuenta. Sucede, por ejemplo, que los amigos aparecen y desaparecen en el café como verdaderos fantasmas. Pablo Cabanías llega de Inglaterra como quien se cae de una estrella; Paulino Posada, de Las Palmas; Manolo Pilares, nada más que de Villalba. Pero aparecen y se sientan a charlar un rato. Lo que es verdaderamente hiriente para nosotros es la actitud de otros amigos que no aparecen, como el gran Pedro de Lorenzo, que no veranea y, sin embargo, no se acerca a la terraza. Esto nos hace pensar que está preparando lo que se llama vulgarmente «un libro gordo» para publicarlo en el otoño.

Y luego dicen que los escritores no hacen más que tomar cafés con leche.

MANUEL ORTEGA

Manuel Ortega, ese joven pintor tan considerable, que no presume de su arte, pero que, sin embargo, presume de su sordera, tuvo la otra tarde una contestación ocurrente. Se jugaba en un

grupo de amigos y amigas a un extraño juego, que empezaba con «Para qué sirve...».

Alguien se acordó de los libros de arte, a lo cual rápidamente dijo Ortega: «Los libros de arte sirven para mirarlos en las librerías.»

Manuel Ortega tiene razón. Los libros de arte, y también los que no lo son, sirven para hojearlos en las librerías, porque la verdad es que no hay quien mire los precios sin soltarlos después como si quemasen.

LA SEÑORA DE CABEZAS

Con motivo de la «Guía de Madrid», que acaba de publicar Destino, le han hecho una entrevista a su autor, Juan Antonio Cabezas. Al final de la misma hay un comentario de su esposa que ha llamado la atención por lo gracioso y por lo que se sale de la habitual pedantería en que la mujer firma los epítetos rimbombantes que se pone el marido.

En este caso la señora de Cabezas ha escrito sinceramente de su pluma el comentario, y lo ha escrito tan bien, tan atinado, con una cierta ingenuidad, que los amigos le decían a Cabezas:

—Es una lástima de que no la presenten al premio Nadal.

Y se dice que Cabezas no envía a su señora al premio Nadal porque se atisba que puede ganarlo. En cuestiones profesionales está visto que no consiente ni la competencia de la familia.

Y Cabezas debe decir para sí: «¡Por si acaso!»

19. VII. 54